

CAPÍTULO I

Más allá del acceso material: inclusión digital y políticas públicas

Por María Julia Poiré

Hay una idea que cada día toma más fuerza, con la que convivimos y que a veces hasta repetimos: todo está y todos estamos en Internet. Son tiempos donde lo que no está en Internet pareciera no existir. Entonces ¿quienes no están Internet tampoco existen?

Lamento darles esta noticia: no todo está ni todos estamos en Internet. Convivimos con nuevos excluidos, o mejor dicho, con nuevas formas de exclusión, porque seguramente aquellos aún son los mismos.

La brecha digital da cuenta de otras brechas. De diferentes posibilidades, accesos, experiencias y marcas que no surgieron con lo digital, sino que tienen raíces muy analógicas. Desigualdades históricas, atravesadas por lo económico, social y cultural. Saldarla, de algún modo, implica saldar algunas otras brechas o, al menos algunos aspectos de ellas.

"La brecha digital se define como la separación que existe entre las personas (comunidades, estados, países...) que utilizan las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC) como una parte rutinaria de su vida diaria y aquellas que no tienen acceso a las mismas y que aunque las tengan no saben cómo utilizarlas." (Serrano; 2003: 8)

En general, cuando se piensa en brecha digital se hace hincapié en la diferencia de posibilidad de acceder a Internet y de adquirir tecnologías de comunicación por parte de algunos sectores.

En este sentido, resulta clave entender qué es lo que hace que la brecha sea tal. Si reducimos la problemática a la diferencia entre quienes acceden a Internet, tienen una computadora o un teléfono inteligente o no, estaremos mirando apenas una parte del problema.

La problemática del acceso tiene una dimensión material, claro. Pero no es la única. Existen otras cuestiones que limitan o imposibilitan el acceso y están vinculadas a lo simbólico, a lo cultural. El uso de las tecnologías pone en juego determinadas competencias, determinadas habilidades y saberes.

Según Manuel Castells "Un elemento más importante que la conectividad técnica en la actual divisoria digital es la capacidad educativa y cultural de su utilización. Capacidad que está asociada a las diferencias de origen económico, familiar, educativos, cultural, regional." (Castells; 2001: 15)

Nuestra posición en términos de productores sociales en la web, sin lugar a dudas, estará configurada, potenciada por los

saberes que hayamos construido en otros múltiples y diversos espacios.

Entonces, más allá de que los porcentajes de acceso material y conectividad crecen sostenidamente en nuestro país y en la región en los últimos años, es necesario preguntarnos si crece de igual modo el acceso simbólico, la capacidad de no sólo ser espectadores en el mundo hipertextual, sino también productores críticos.

En este sentido, cabe preguntarnos qué implica pensar políticas públicas de inclusión digital, quiénes son aquellos excluidos que necesitan de estos puentes, de estos lazos. También necesariamente tenemos que hacernos preguntas sobre el cómo incluir, de qué maneras. Las respuestas a esas preguntas, irán atadas a otra: para qué.

Incluir en materia digital implica no reducir la estrategia al otorgamiento de tecnologías, que sin dudas es un gran paso, pero no garantiza la inclusión. La posibilidad del acceso material constituye un piso necesario para el desarrollo de políticas públicas que la complementen con estrategias culturales, educativas, recreativas, sociales.

Es desde esta perspectiva más amplia que podemos comenzar a ensayar respuestas al cómo incluir: reconociendo la necesidad de atender las múltiples formas de limitación de acceso.

Los nuevos excluidos

Si la web constituye un espacio clave para la producción social de sentidos, y aún más, para la construcción del espacio público, quienes no puedan acceder, tanto material como simbólicamente, serán los nuevos marginados, los nuevos excluidos o mejor dicho, se reforzará esa exclusión, esa marginación que seguramente los atravesaba aún antes de la alta penetración de Internet en nuestra sociedad.

"La influencia de Internet trasciende al número de usuarios, ya que lo que importa es la calidad de los usos de la red. Actualmente, las principales actividades económicas, sociales, políticas y culturales de todo el planeta se están estructurando por medio de Internet. De hecho, quedar al margen de dichas redes es la forma de exclusión más grave que se puede sufrir en nuestra economía y en nuestra cultura". (Castells; 2001: 17)

Así, "Las personas conectadas en el sentido literal del término, disponen de una ventaja aplastante sobre los pobres que no tienen acceso a esos medios y en consecuencia sus voces no pueden ser escuchadas en el concierto mundial (...) las redes mundiales agrupan a los que tienen los medios y silenciosamente, casi imperceptiblemente, excluyen al resto." (Lozada; 2011: 134)

Los nuevos analfabetos que quedan en los márgenes del mundo actual son los denominados "analfabetos digitales": hoy los requerimientos básicos para incorporarse al mundo laboral y educativo se extienden.

"Las perspectivas democratizadoras de la red van más allá de la discusión referida a la división social entre los que tienen o no tienen Internet, de la accesibilidad de todos, en una aparente e implícita compensación de los desequilibrios entre ricos e info-pobres. La reflexión acerca del acceso a la tecnología debe acompañarse del análisis de las relaciones de desigualdad y subordinación, de sus efectos de dominación y consumo en el actual orden económico mundial." (Lozada; 2011: 135)

En este sentido, se juega fuertemente la necesidad de dar cuenta de los nuevos modos de exclusión. Para Néstor García Canclini "ni la diferencia ni la desigualdad se organizan ahora de la misma manera que hace cincuenta años, y por eso -más que reivindicar el análisis macrosociológico de la desigualdad o las antropologías de la diferencia- necesitamos replantear la mirada sobre lo que está transformándose." (García Canclini; 2007: 2) Así, para el autor, la globalización de las industrias culturales y de la convergencia digital aparecen como reconfiguradoras de la diferencia y la desigualdad; y de las articulaciones entre ellas.

Los mitos de la web

Estas reflexiones chocan contra aquellas afirmaciones sociales que van instalándose como mitos en relación a la web y a las tecnologías. Afirmaciones esgrimidas por tecnófilos,

por integrados, quienes desde una mirada peligrosamente ingenua y romántica, depositan todas las expectativas de cambio en las tecnologías.

Si bien en nuestras sociedades el nivel de penetración de red y las tecnologías es alto y se encuentra en constante crecimiento no podemos perder de vista que el acceso no es pleno y, como mencionábamos anteriormente existe una brecha digital que da cuenta de muchos sujetos excluidos.

También podemos poner en tensión aquella idea de que en Internet todos podemos ser productores. Las posibilidades técnicas de publicación ciertamente favorecen la producción por parte de diferentes actores. Pero, lamentablemente, por sí solas no alcanzan para garantizar esa producción. El tan sobrevalorado rol de los prosumidores, entonces, comienza a matizarse.

Los prosumidores, definidos en tanto consumidores y productores al mismo tiempo, existen en tanto potenciales. Actualmente, lo que se conoce como web 2.0 brinda la posibilidad de no ser necesariamente expertos en programación para participar, producir y compartir contenidos. Ahora bien, hay determinadas habilidades y competencias que se dan por obvias, y sin embargo son las que mayor esfuerzo en términos de políticas públicas requieren.

Pensar a los sujetos como webactores, o como prosumidores, implica reconocerlos en calidad de consumidores y productores. Lejos de definirlos como sujetos pasivos y referir-

nos a éstos como "navegantes" , "usuarios" o "visitantes", que simplemente aceptan lo dado por el emisor, vamos a pensar en los sujetos en tanto actores sociales que son parte activa y fundamental de la conversación que se teje en estos nuevos espacios, son eslabones trascendentales de esta cadena que es la red.

Navegantes y usuarios remiten al primer estadio, el de la web 1.0. En la que sólo programadores y expertos podían desarrollar, crear y difundir. Los sitios ofrecían sólo información. Eran estáticos, unidireccionales y su actualización era poco frecuente. Así, aquellos usuarios navegaban la red, de un sitio web a otro no podían más que acumular información. Con el tiempo, estos sitios se convirtieron en cada vez más abiertos a los usuarios, y cada vez más fáciles de crear y desarrollar incluso para inexpertos.

Lo revolucionario es aquello que está en la esencia misma de la web: la capacidad de establecer enlaces y relaciones, de construir redes. Este viraje no sólo transforma el rol del sujeto en el espacio, sino que altera la socialización, los modos de interactuar dentro de la sociedad. En *La alquimia de las multitudes* (Pisani y Piotet; 2009: 52) los autores desarrollan la hipótesis de que a partir del 2004, cuando se acuña el concepto de web 2.0, lo que se transforma es la dinámica relacional. Los autores se refieren a dinámica y no a mecánica, subrayando que la primera da cuenta de un conjunto de movimientos no controlados, con multiplicidad de vertientes y direcciones causados por la participación de los webactores.

Entonces, estos son los movimientos, los flujos y relaciones que marcan la web 2.0 y afectan los modos sociales internalizados. Según los autores anteriormente citados, esta dinámica relacional "choca con la mecánica institucional tradicional, y con la herencia intelectual y social sobre la que esta se construye." (Pisani y Piotet; 2009: 52)

En este sentido, también podemos criticar la mirada simplista que piensa que la participación, la potencialidad de ser productores y consumidores al mismo tiempo, solamente depende de la mera existencia de las tecnologías.

También podríamos poner entre comillas la noción totalizante que da por hecho que quienes nacieron en los últimos años, en este contexto hipermediatizado y con alta penetración de Internet y las tecnologías, son per sé, nativos digitales. Esta mirada, no da cuenta de esos excluidos, que aunque contemporáneos, se encuentran con marcadas limitaciones de acceso materiales y/o simbólicas. Haber nacido en coyunturas hipermediatizadas como las nuestras, no es garantía de pertenencia a lo que se conoce como nativos digitales. Reconocerlo, es uno de los primeros pasos para no caer en reduccionismos y, para comprender qué implican estos nuevos modos de exclusión para esos niños y jóvenes.

Pensar las tecnologías

En nuestras culturas mediáticas, nuestras representaciones y prácticas sociales se ven atravesadas por la convivencia con los medios y las tecnologías. No pueden pensarse por separado de las narrativas mediáticas. Los sentidos que producimos socialmente están signados por esta convivencia. La comunicación es entendida de manera compleja como una producción social de sentidos.

Los medios y las tecnologías son actores hegemónicos en esa construcción, no dominadores absolutos, claro, pero si reconocemos que sus lógicas y relatos ordenan el mundo. No son meros aparatos, simples canales por los que pasa un mensaje. Por el contrario, son actores sociales con materialidad institucional y espesor cultural. Son productores de sentidos, más que meros transportadores de éstos.

Las tecnologías son parte de nuestras vidas cotidianas, de nuestras charlas, de lo que dicen en la televisión, de los espacios más íntimos de nuestras casas y también del aula. Nuestra convivencia con las tecnologías es cada vez más intensa y permanente.

Cuando hablamos sobre tecnologías hay una pretensión, casi instintiva, a posicionarnos rápidamente a favor o en contra. Como si la vida misma pudiéramos entenderla en términos de buenos y malos. Por momentos creemos que las fronteras son claras, son definitivas y que cada uno de los lados se mantiene puro e intacto.

Durante mucho tiempo, gran parte de los estudiosos del campo de la comunicación han considerado que las TICs constituían una moda y que en tanto no era pertinente contemplarlas dentro de las líneas de investigación. Del otro lado, muchos las pensaron desde una mirada totalizadora y centraron sus interpretaciones en términos de avances tecnológicos, más que en la complejidad de los procesos sociales que esos conllevan.

La gran apuesta es animarse a correr algunas fronteras, a trascender apresurados posicionamientos maniqueos que nos obligan a pararnos de un lado o de otro. Las tecnologías no son ni buenas ni malas. Tampoco retomo aquí la idea del martillo, esa que señala que "es sólo una herramienta y puede usarse para bien o para mal". Las tecnologías no son meras herramientas, instrumentos, máquinas o aparatos. Por el contrario, las tecnologías son sociales, resultado de un contexto histórico, social, cultural y político que las hace posible. Son productoras de sentidos sociales que no surgen de la nada, sino que son los sujetos quienes las construyen. En este punto podemos pensar que hay una especie de ida y vuelta, o de doble articulación en términos de Martín Barbero: los sujetos producen a las tecnologías y estas tecnologías transforman a esos sujetos. Si, los transforman en sus representaciones y sus prácticas sociales, en sus modos de ser, estar y pensar el mundo. Claro que estas transformaciones no son uniformes, ni homogéneas y mucho menos universales. No estamos infiriendo que las tecnologías influyen directamente, nos dominan y nos dicen qué hacer y qué pensar. Nosotros

como sujetos vamos a usar y a apropiarnos de esas tecnologías desde nuestros contextos, según nuestros marcos sociales, culturales, nuestras trayectorias individuales y colectivas.

Para poder reflexionar sobre las tecnologías tenemos que asumir que, por más que estemos a favor o en contra, están. A partir de esta decisión, es que podemos comenzar a preguntarnos qué implica que estén, cómo y dónde están, cómo nos relacionamos con ellas, qué transformaciones posibilitan.

Entender a las tecnologías como hechos sociales, en tanto y en cuanto están producidas por sus contextos históricos y, por lo tanto, son siempre sociales.

"Si la revolución tecnológica ha dejado de ser una *cuestión de medios*, para pasar a ser decididamente una cuestión de *finés*, es porque estamos ante la configuración de un *ecosistema comunicativo* conformado no sólo por nuevas máquinas o medios, sino por nuevos lenguajes, sensibilidades, saberes y escrituras, por la hegemonía de la experiencia audiovisual sobre la tipográfica, y por la reintegración de la imagen al campo de la producción del conocimiento. Todo lo cual está incidiendo tanto sobre lo que entendemos por comunicar como sobre las figuras del convivir y el sentido de lazo social." (Martín Barbero; 2002: 20)

Entonces, los modos de puesta en común, de socialización y construcción del conocimiento se alteran en esta nueva etapa de la mediatización de la cultura. Cambian las formas de ser y estar en el mundo. También los modos de percibir y las representaciones que como sociedades construimos.

El sociólogo Manuel Castells (2001) afirma que dado que Internet tiene que ver con la forma en que nos comunicamos y las capacidades para comunicarnos (rapidez, costo, cantidad de personas que participan de la comunicación, instantaneidad, agilidad), y considerando que la comunicación está en la base de nuestras instituciones culturales y sociales, la red abre la ventana de oportunidad para que suceda una revolución en nuestro mundo social.

Internet permite desde ese espacio tan íntimo conectarse con un espacio público, colectivo, global. Se convierte en un umbral al mundo. Porque más allá de que el uso de la computadora es, principalmente, un uso individual, solitario, su percepción es social. Es un espacio de encuentro con los otros, de conexión con el mundo.

En este sentido podemos discutir la dicotomía entre lo real versus lo virtual. Esta que plantea de algún modo que lo real es lo offline y lo virtual lo online. Lo que hacemos online no es virtual. La definición de virtual dice que es lo que “en apariencia es real”. Lo online se relaciona con lo offline. Es difícil poder establecer un límite claro, tajante. Nuestras prácticas en la web son reales y online, atraviesan y reconfiguran nuestros modos de estar en el mundo. Las redes sociales son conversacionales, donde se construyen sentidos sociales que operan tanto en nuestras prácticas como en nuestras representaciones.

La experiencia argentina, una referencia para la región

La clásica dicotomía entre lo urgente y lo importante atraviesa las decisiones, los desarrollos y la implementación de políticas públicas. Todavía hoy se levantan voces que tensionan iniciativas gubernamentales en materia de comunicación y derechos humanos con problemas de pobreza, salud o ambiente, por ejemplo. Problemas estructurales, complejos, diversos, urgentes e importantes. Frases que plantean las alternativas en una lógica de todo o nada, de blanco o negro. Muchas que imponen supuestas secuencialidades necesarias que impiden si quiera pensar en algunos temas, cuando otros, ciertamente importantes, aún no están resueltos.

En nuestra región, con todavía una larga lista de pendientes en materia de desarrollo social, calidad de vida y equidad, el desafío de pensar políticas públicas de inclusión digital fue impulsado y asumido por estos gobiernos que en los últimos diez años han tachado unos cuantos puntos de esa larga lista y han puesto como objetivos muchos otros que tiempo atrás parecían utópicos para nuestros pueblos.

Estos gobiernos asumieron el desafío de plantear en la agenda de trabajo políticas de inclusión digital, porque estas no aparecían como demandas manifiestas en la sociedad, sino como necesidades latentes. El primer obstáculo a sortear fue dar la discusión sobre la necesidad de que el Estado promue-

va y desarrolle políticas públicas en este sentido. Discusiones aún no saldadas que desembocan en otras más amplias relacionadas con la inclusión, con la democratización de la comunicación y con los derechos humanos, que no casualmente también, fueron las que se animaron a dar muchos de estos mismos gobiernos.

Entonces, fueron estos gobiernos latinoamericanos y populares los que plantearon que la inclusión digital es urgente e importante. Es un problema complejo, atravesado por muchos otros. Pensar en términos de inclusión da por sobreentendido la existencia de exclusión. El planteo de la inclusión como problemática, permite inferir su complejidad, las dificultades que conlleva, los límites que marca y, fundamentalmente, el rol del Estado como actor necesario para amenguar esa brecha, para resolver impedimentos y para garantizar equidad.

La exclusión es una recurrente. En todos los ámbitos. Es la variable inexorable del capitalismo en su versión clásica y cruda. Es parte neurálgica del sistema. Desigualdades, marginalidades e inequidades son los resultados obvios de un sistema que pretende regularse sólo, que las únicas leyes que reconoce son las del mercado y cuyos actores principales son corporaciones, elites, grupos reducidos con la mirada puesta en la rentabilidad y la acumulación a cualquier costo.

Las políticas de inclusión atienden derechos humanos. Siempre. En tanto y en cuanto incluyen a esos otros olvidados, marginados, desplazados. En tanto y en cuanto garanti-

zan igualdades, posibilidades, favorecen la equidad y buscan la justicia social.

En consecuencia, en nuestra región se empiezan a desarrollar planes estratégicos, programas e iniciativas para trabajar en la reducción de la brecha digital, la alfabetización y la inclusión. Los modos, los sentidos y políticas que éstos comienzan a delinear no son ni uniformes ni homogéneos.

La experiencia argentina resulta un punto necesario de atención para reflexionar sobre las políticas de inclusión digital en la región.

El país impulsó el Plan Estratégico Argentina Conectada 2010 - 2015. Este Plan está compuesto por diferentes organismos y contempla el desarrollo de múltiples políticas públicas. Uno de sus ejes principales apunta a la inclusión digital, sin dudas, uno de los desafíos más importantes en este contexto global marcado por la hipermediatización y la penetración de las tecnologías e Internet en la vida cotidiana.

Argentina Conectada promueve la inclusión digital abarcando la problemática desde una concepción compleja que pretende atender la brecha digital en relación a las dificultades de acceso material y simbólico.

En este trabajo haremos foco en dos líneas que integran ese plan estratégico: el Programa Núcleos de Acceso al Conocimiento (NAC) y el Programa Nacional Conectar Igualdad.

El objetivo del Programa NAC es ofrecer a todos los habitantes y en igualdad de condiciones, acceso a la conectividad

y a las nuevas TIC y generar las condiciones para el desarrollo de habilidades digitales y oficios en pos del desarrollo de las personas y sus comunidades.

Estos espacios instalados en el territorio federal, pensados e implementados en articulación con otras políticas públicas, con otras instituciones y organizaciones, constituyen espacios para el abordaje integral de la inclusión.

La implementación, entonces, es diversa. Toma las características propias de ese territorio, aborda las problemáticas que le son propias a esos sujetos y cobra su propia impronta en el diálogo que construye con esas otras organizaciones e instituciones. La riqueza de esta política pública es que es federal en términos de expansión y alcance, al mismo tiempo que tiene una apropiación localizada. Esto permite poner en diálogo lo nacional con lo local, con los diagnósticos, características y necesidades de cada rincón del país.

Los NAC están equipados con computadoras de última generación, cuentan con espacios para brindar capacitaciones, con un microcine y con máquinas para videojuegos.

Los microcines de los NACs en muchos de los lugares en los que se asientan, se constituyen como el *cine del pueblo*. Lo interesante de estos espacios, en ese sentido es que plantean una mirada integral sobre las tecnologías y el conocimiento. Lejos de posicionarse desde un punto de vista bancario para pensar la educación con tecnologías, plantean una mirada que recupera los saberes y universos de los sujetos y, al

mismo tiempo, plantean al conocimiento como una construcción. Conocimiento que no sólo se construye desde un punto de vista formal, sino que lo lúdico constituye una estrategia y un modo para la puesta en común y la generación de éste.

Por otro lado, el Programa Nacional Conectar Igualdad legitimó y posibilitó el uso de las tecnologías en el aula. En realidad, si eran parte de la comunidad, de las vidas cotidianas de los profesores y estudiantes, esas tecnologías ya estaban en el aula. Pero, hasta hace muy poco, de contrabando. El programa puso en crisis todas aquellas creencias y medidas -implícitas y explícitas- sobre lo que se podía hacer o no con las netbooks (y por qué no con los teléfonos celulares) en el aula. Más aún, Conectar Igualdad puso en tensión cómo reconocemos a los estudiantes y fundamentalmente qué implica considerar al conocimiento como una construcción colectiva. Entonces nos invitó a discutir qué es el aula, cuál es el rol de la escuela y cómo entendemos la educación.

Más que una invitación fue una interpelación, que nos obligó a mirarnos críticamente. Una invitación resistida, rechazada, cuestionada por aquella tendencia a posicionamientos absolutos, por cuestiones coyunturales y por nuestros marcos ideológicos. Pero cuando decimos ideológicos no nos referimos a cuestiones más de tipo partidario, sino a aquellos más de fondo que tienen que ver con cómo entendemos al otro, con cómo entendemos a la sociedad y qué es para nosotros el desarrollo de país.

Conectar Igualdad es una apuesta al crecimiento del país, pero no sólo en términos de números y porcentajes, es una apuesta al desarrollo con valor agregado, con inclusión social. Es una política pública que iguala en acceso, que da posibilidades. Es una política de Estado cuyos resultados no serán inmediatos, sino a largo plazo.

Este programa iguala en acceso material, pero no se conforma. Conectar igualdad busca igualar también en acceso simbólico. El Programa procura que los estudiantes de todo el país puedan acceder a la netbook y que con ella puedan producir, puedan transformar. Por eso incorpora programas de aprendizaje, por eso viene con sistema de software libre e incluso desarrolló Huayra, el primer sistema operativo de software libre del país.

Es una política pública que supera la mirada de tipo desarrollista que simplemente distribuye netbooks. La distribución de máquinas es el piso necesario para continuar, es el punto de partida para continuar trabajando.

Desde allí, desde esa base, es que tenemos que asumir el desafío y animarnos a pensar y a hacer colectivamente con las netbooks y fundamentalmente con los estudiantes.

Es a esos estudiantes, esos jóvenes a quienes desde la escuela acompañamos en su formación como ciudadanos junto a quienes tenemos que construir el camino en forma colaborativa, promoviendo su participación activa y reconociendo su rol de productores culturales.

Inclusión ciudadana

Los desafíos centrales para pensar políticas públicas de inclusión digital se relacionan más que con la cuestión del acceso material, con la del simbólico y cultural. El concepto de prosumidor lejos de ser idealizado, debe pensarse en términos de potencialidades y plantear críticamente qué posibilidades ciertas hay de producción y distribución. De esta manera, será posible reflexionar sobre cuáles son las estrategias de integración e inclusión digital para favorecer la participación real de estos actores.

En este contexto lo que se pone en juego son nuevas lógicas de inclusión - exclusión porque como marca Scott Lash, "De manera decisiva, la desigualdad social es, entonces una cuestión de acceso a flujos globales." (Lash; 2005: 63) Y, en este marco, es fundamental desarrollar estrategias de integración y de inclusión digital.

El objetivo es poder promover la formación de ciudadanos capaces de producir e intervenir a partir de las tecnologías.

"Indudablemente, en nuestras sociedades mediatizadas, si bien el espacio público integra numerosos ámbitos y modalidades de organización, los medios masivos y las redes informáticas adquieren una centralidad insoslayable, como escena privilegiada de intercambios. Por eso las reflexiones sobre la condición ciudadana como condición necesaria de la democracia resulta limitada si no se relaciona con esta nueva

característica del espacio público. Esa es la primera razón por la cual considero válida en términos políticos y analíticos la articulación comunicación- ciudadanía." (Mata; 2006: 8)

La construcción del espacio público y de lo público, está signada por este proceso de hipermediatización. En este contexto, resulta necesario poner la comunicación y la inclusión digital, como claves tanto para la construcción de ese espacio público como para la concepción de ciudadano.

"Pues es lo propio de la *ciudadanía* hoy el estar asociada al 'reconocimiento recíproco', esto es al derecho a informar y ser informado, a hablar y ser escuchado, imprescindible para poder participar en las decisiones que conciernen a lo colectivo. Una de las formas hoy más flagrantes de exclusión ciudadana se sitúa justamente ahí, en la desposesión del *derecho a ser visto y oído*, ya que equivale al de existir/contar socialmente, tanto en el terreno individual como el colectivo, en el de las mayorías como de las minorías." (Martín Barbero; 2002: 17)

Es entonces necesario problematizar los sentidos de la inclusión. Si esos sentidos están relacionados con los derechos humanos, con la construcción de ciudadanía, entonces estas políticas públicas adquirirán una perspectiva integral en la que lo educativo será una dimensión constituyente. El desafío es superar el mero objetivo de *saber usar* las tecnologías, o que se incorpore a las tecnologías como garantía de inclusión. Por el contrario, será clave poder diseñar políticas públicas donde desde la educación se promueva la reflexión con los

sujetos sobre para qué y cómo incluir, utilizar y apropiarse de esas tecnologías.

"El desafío para la escuela, sin embargo, es enseñar a leer libros como punto de partida para segundas y terceras alfabetizaciones. Y formar a un ciudadano que no solo sepa leer libros, sino también noticieros de televisión, periódicos, videoclips e hipertextos informáticos. La escuela debe convertirse en el centro de confluencia en el que pueda converger la cultura oral, escrita, audiovisual e hipertextual. Lo que el ciudadano necesita del sistema educativo es que lo capacite para poder tener acceso a la multiplicidad de escrituras y discursos en los que se producen las decisiones que tanto afectan en los plano laboral, familiar político y económico." (Morduchowicz; 2008: 21)

Entonces la cuestión de la inclusión digital es una cuestión política que enriquece a nuestras sociedades en tanto y en cuanto aporta a la formación de ciudadanos que participan, que producen sentidos. En la medida que favorece la articulación y el surgimiento de nuevas voces, aquellas que por mucho tiempo fueron acalladas.

"La pedagogía, entendida como práctica y política cultural, debe abrir nuevos espacios en que los alumnos puedan experimentar qué significa ser productores culturales. La educación debe revalorizar la cultura de origen de los jóvenes, sus experiencias cotidianas, su vida en el barrio y sus consumos culturales. Debe preguntarse por lo que los alumnos aprenden

dentro de la escuela y no menos importante, fuera de ella. Al ser capaces de escuchar las voces de sus alumnos los docentes se convierten en cruzadores de fronteras que cuestionan las fronteras culturales existentes, que configuran otras nuevas y que permiten que sus alumnos participen en su continua resignificación y recreación." (Morduchowicz; 2008: 21)

Al mismo tiempo, la inclusión digital es una cuestión de soberanía tecnológica, en tanto promueva el desarrollo de conocimiento, estimule la investigación científica y el uso en términos de producción de y con esas tecnologías. Lejos, entonces de la importación acrítica de tecnologías externas, del consumo mecánico de éstas, el objetivo será construir saberes, desarrollar, sumar valor agregado.

Entonces, a partir de políticas públicas que aborden la inclusión digital desde una perspectiva integral que dé cuenta de la cuestión de derechos humanos, de la formación de ciudadanos y de la producción de conocimientos, estaremos construyendo políticas a largo plazo que potencien el desarrollo de nuestras sociedades y democracias.

Bibliografía

- GARCÍA CANCLINI, Néstor (2007) , *Las Nuevas Desigualdades y su Futuro*, CEAS, México.
- CASTELLS, Manuel (2001), *La galaxia Internet*, Plaza & Janés Editores S.A, Barcelona.
- LASH, Scott (2005), *Crítica de la información*, Amorrortu, Buenos Aires.
- LOZADA, Mireya (2011), *Política en red y democracia virtual: la cuestión de lo público*, Clacso
- MARTÍN BARBERO, Jesús (2002), “De las políticas de comunicación a la reimaginación de la política”, *Revista de Economía Política de las Tecnologías de la Información y Comunicación* Vol. IV, n.3. Disponible en www.eptic.com.br
- MATA, María Cristina (2006), “Comunicación y ciudadanía. Problemas teóricos- políticos de su articulación”, *Revista fronteiras- estudios midiaticos* VIII (1): 5-15, Unisinos.
- MORDUCHOWICZ, Roxana (2008), *Los Jóvenes y las Pantallas. Nuevas formas de sociabilidad*, Editorial Gedisa, Buenos Aires.
- PISANI, Fancis y PIOTET, Dominique (2009), *La alquimia de las multitudes*, Paidós, Barcelona.
- SERRANO, Arturo Martínez Evelio, (2003), *La Brecha Digital: Mitos y Realidades*, Editorial UABC, México.